

haberle el P. Pignatelli manifestado por tres veces lo que pasaba por su alma, sin que él le hubiese hablado palabra de ello.

Instruidos por la experiencia de mil casos particulares, los tentados contra la vocacion estaban atentísimos á las respuestas del P. Pignatelli, y segun ellas, concebían mayor ó menor seguridad de su perseverancia. Acudieron uno tras otro dos novicios á declararle una sugestion diabólica de abandonar la Compañía; y el Padre exhortó al primero á perseverar, pero no le dijo más; al paso que al segundo le animó diciéndole que presto sería de la Compañía. Y efectivamente el primero se volvió á su casa, y el otro perseveró en su vocacion.

El P. Juan Bautista PIANCIANI atestigua haber oído decir que el Padre había predicho un raro suceso al P. Ángel Mai¹. El caso fue el siguiente. «Invitaron al P. Mai sus parientes á que volviera á su patria para hacerles una visita. Juzgó el P. Pignatelli que esto no convenía, y le dijo que no le faltaría ocasion de volver á su patria. Hablóse tambien sobre que le había añadido, que estaba destinado á una dignidad eclesiástica. Y ambas cosas se han realizado. Porque el jóven Mai, expulsado de aquí (del estado romano) por el gobierno francés, fijó su residencia en Milan, desde donde le era fácil visitar á sus parientes.» Este es el que más adelante fue condecorado con la púrpura cardenalicia. Acerca de la prediccion de su cardenalato no fue interrogado el P. Mai al presentarse como testigo en el proceso de Roma; y así no habló palabra de ello.

Fue una vez el P. José desde Colorno á Roma: visitó el colegio de Santa Úrsula; y rodeándole todas aquellas religiosas, que le profesaban gran veneracion, le preguntaron si la Compañía sería restaurada, y si volvería á España. Respondió el Siervo de Dios, que los Padres volverían á su tiempo á España; pero que presto habría mártires: y el que se halló presente y depone sobre el hecho, añade: «Lo dijo con demostraciones de mucho gozo; del cual yo, á la verdad, como muy niño en la virtud, no participé

¹ *Process. Rom.*, fol. 1062.

gran cosa, y sentí verdaderamente que *durus erat hic sermo*; pero siempre me quedó impresa en la mente tal profecía, y por tal la tuve:» y luégo dice que se verificó en la matanza de religiosos ocurrida en Madrid el año de 1834.

Cierto día en la recreacion hablando de las antiguas misiones de la Compañía, se le oyó exclamar con acento de profunda pena: «¡Y tú, España! Ahora eres grande; pero día vendrá, en que te veas pequeña y dividida¹.»

Al P. Nicolás Grassi, estando enfermo en Colorno y sin esperanzas de restablecerse, le dijo: «Vivirá V., y vivirá más que yo²:» y así fue, pues vivía en 1836 al formarse el proceso romano. Óigase á este propósito un caso que refiere D. Tito Cecconi. «En ocasion en que dos jóvenes escolares, discípulos suyos, el P. Nicolás Grassi y Monseñor Ángel Mai, preconizado cardenal, habían echado algunos esputos de sangre y se temía no pasasen en tísicos, el P. Pignatelli, animándolos con referirles lo que por él había pasado, solía decirles: «Yo tambien he estado en igual peligro; pero Dios me ha conservado para cruz vuestra³.»

Que al P. Fortis le predijera claramente que á su tiempo sería General, lo deponen contestes varios sujetos, como cosa muy sabida de todos los que trataron al Siervo de Dios, y lo confirmó el mismo P. Fortis; quien preguntado sobre el particular algunas veces, no supo negárselo á varios de sus compañeros, asegurando que no una vez, sino muchas, le había profetizado el P. Pignatelli aquella dignidad.

De la primera prediccion, que le fue hecha en Colorno, cuando era maestro de retórica, habla de esta manera en los procesos el H. Annoni: «Mientras que, concludida la cena, estábamos en el refectorio los Hermanos, oí que el P. Fortis, hablando con el P. Pignatelli, le dijo: «Más bien de V. Reverencia, que es profeso, puede creerse tal cosa, y no de mí, que soy todavía novi-

¹ *Process. Rom.*, fol. 595.

² *Ibid.*, fol. 591.

³ *Ibid.*, fol. 751.

cio.» Como quiera que yo no comprendiese de lo que hablaban, conjeturé que el P. Pignatelli había predicho alguna cosa al P. Fortis. Catorce años después, viajando yo con él y con el Padre Pavani, pregunté al P. Fortis si en aquella conversacion le había profetizado el P. Pignatelli el cargo de Provincial: á esta pregunta me respondió que no era aquello, sino otra cosa.»

Tenía él por cosa indubitable que la Compañía había de resucitar á vida nueva y propagarse por todo el mundo: por lo cual desde que fue nombrado maestro de novicios, puso todo su esmero en formarlos segun el primer espíritu de los antiguos Padres, para que pudiesen después con el ejemplo de las virtudes, con el fervor de las obras, y con la continuacion de las fatigas apostólicas, servir de ornamento á su madre y ayudar á sostenerla, promoverla y dilatarla.

Nada repetía tan á menudo á los novicios como que tenían que ser ellos nada menos que la piedra angular del edificio; y así, que procurasen imitar en todo los ejemplos de aquellos Padres, que eligió el Señor para fundar la Compañía, y siguiesen animosa y denodadamente las huellas de su celo, que con tanta utilidad de la Iglesia y de las almas habían dejado impresas en todos los ángulos de la tierra.

Volvamos ya á nuestros escolares enviados á Rusia y á lo que les aconteció en su viaje. Al pasar por Viena de Austria, presentáronse al embajador ruso á pedirle pasaporte para trasladarse al imperio. Sospechó el embajador no fuesen de los nuevos jesuitas ó paccanaristas, y se negó resueltamente á librarles pasaporte para la Rusia. Dijéronle ellos que no eran paccanaristas, sino jesuitas del noviciado de Parma: y en cuanto se hubo asegurado de la verdad y de que iban á unirse con los jesuitas de la Rusia Blanca, los trató con particular estimacion y afecto, y les dio un franco y amplio pasaporte¹.

La sospecha del embajador ruso era fundada. Con la expedicion del Breve de Pío VII á favor de los Padres de Rusia los paccanaristas mostraron gran descontento de que su Superior retardase la agregacion á la Compañía de Jesús. Paccanari comprendió que el realizarla era destituírse á sí del título de fundador; é ideó un plan de union, que hubiera sido fatal para la Compañía; y con sus artes supo atraer á su partido al mismo Vicario de Roma, como lo refiere el P. Luengo en el lugar citado.

Hablábase en Roma de este proyecto, que pudo ser decisivo contra todos los jesuitas españoles y aun de todas las naciones, el cual se atribuía principalmente al cardenal de la Somaglia, Vicario de Roma, el protector más declarado del fundador Paccanari y de su Compañía.

Había ideado el cardenal no sé qué congregacion ó congregaciones, á manera de las de San Felipe Neri, en las cuales pudiesen reunirse varios ex-jesuitas en una misma casa, y de este modo reunidos ejercitar todo género de ministerios, y aun harían alguna profesion casi religiosa. El querer reducir á ellas toda la Compañía, aun á la conservada con toda legalidad en Rusia, era destruir el mismo Instituto.

Ni faltaban rumores de que se pensaba inducir al Pontífice Pío VII á confirmar la Compañía, reduciéndola á una congregacion de eclesiásticos: lo cual tambien equivaldría á una extincion más eficaz que la intentada con el Breve de Clemente XIV. El medió de que la Providencia se valió para trastornar estos proyectos, contrarios á los jesuitas de Rusia, fue una resuelta determinacion de esta corte de no permitir que se les intimara orden alguna sin asegurarse primero de que no había de ser perjudicial á los jesuitas allí residentes.

Esta fue la causa de haberse negado á los cuatro jesuitas el pasaporte para Rusia. De la agitacion que reinaba en esta corte, y mucho más en Roma, con motivo del proyecto del Cardenal Vicario, fueron indicio algunos sucesos, que refiere el ya mencionado Padre de Roma en carta de 9 de Enero de 1802 al Padre Domingo Esparza por estas palabras: «De las cosas de nuestra causa comun no tenemos mucho de que alegrarnos: solamente acabamos de saber que los cuatro nuestros que partieron para

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 35, pág. 229.

Rusia, y que bien que hubiesen obtenido en Viena el pasaporte del embajador Ruso y que con todo no habían podido obtener la entrada en el Imperio Ruso, aora finalmente han obtenido el pasaporte amplo y muy honorífico: y dicen que partían á derecha á Petersburgo.»

«Por otra parte sé (pero solo para V. y su compañero) que Pignatelli había pedido al Papa el consentimiento para que dos jóvenes, que habían cumplido el noviciado, pudiesen hacer los votos; pero el Papa se lo ha negado. Al Jesuíta Sardo¹, que vino estas semanas pasadas aquí para lograr permiso de unirse los Sardos á la Rusia, se le ha negado la peticion; y él se ha vuelto desconsolado. En Plasencia se defendieron en aquel convicto unas Conclusiones, en que se sostenía la Ciencia media: el Papa ha mostrado disgusto, diciendo que estos no son tiempos de tratar en disputas estos asuntos.»

Hasta aquí la carta. Y como si el que desde Roma la escribe quisiera significar la razon próxima de no ser tiempos aquellos para tratar en disputas los asuntos á que se refería el Pontífice, ni para acceder á las peticiones que los dos Padres le hacían, añade á continuacion: «El Conde del Campo Alanje, que va embaxador de España á Amiens, se lleva consigo tres Pacanaristas, ó sea de la Compañía de la Fe. Ximénez, nuestro español, que los vio en Cremona, lo escribe. Corre la voz, y no parece sin fundamento, que el Duque de Parma saldrá de aquel su estado. Llegaron de Alicante á Liorna trece más de los nuestros, es á saber, de los jesuítas que volvían á Italia.»

Desterrábase por segunda vez de España á los jesuítas: el gabinete de Madrid y el ministro español en Roma favorecían el proyecto de la union de los jesuítas con los Pacanaristas; union, que había de acabar con la Compañía: Napoleon suspiraba por anexionarse el estado de Parma, cuyo duque era la única prenda de estabilidad para todas las casas de la Compañía en el Parmesano: era, pues, natural que Pío VII anduviese

¹ El P. Senes, de quien acabamos de hablar en la página 306.

con suma cautela en prestar manifiestamente favor á la causa de la Compañía para no herir susceptibilidades.

Y volviendo á los dos novicios enviados á Rusia, al llegar allí, entregaron la carta de su maestro al P. Kareu, el cual la contestó con las palabras más halagüeñas para el P. Pignatelli. «No puedo expresar con palabras,» dice, «el consuelo que me ha causado la carta de V. R., que me han traído nuestros Padres, llegados aquí felizmente el último día del año próximo pasado. Pláceme el amor á la vocacion que advierto en V. R.; me agrada el espíritu con que se dirige; y me satisface el modo que tiene de formar á los novicios conforme á nuestro instituto.»

«Sé que los dos jóvenes sacerdotes se han conducido con grande edificacion en todo su viaje: y esto es fruto de la industria y trabajo de V. R., que unido á la índole y modestia de ellos, me da esperanza que saldrán dignos discípulos de tan gran maestro. Ahora serán destinados aquí al estudio de la filosofía y de las matemáticas.»

«Suplico al padre de las misericordias que se digne recompensar á V. R. con liberal mano por lo que hasta hoy ha hecho y por lo que de seguro no dejará de hacer en lo sucesivo para bien universal: y deseándole toda felicidad, me encomiendó á sus santos sacrificios. — De Polotsk, 21 de Enero de 1802. — Siervo en Cristo — FRANCISCO KAREU, de la Compañía de Jesús.»

Hasta aquí el P. General, cuyas palabras revelan bien claramente el alto aprecio en que tenía al P. José, y en qué grado estimaba su prudencia, sus dotes de gobierno, su tino en formar los novicios, el amor grande que tenía á su vocacion y el deseo de promover el bien universal de la Compañía. Fue tal la opinion que de él concibió, que desde luego puso los ojos en él para hacerle Superior de todos los reunidos en Parma, para que en todos ellos imprimiera aquel espíritu generoso y sumamente conforme al instituto de San Ignacio, que procuraba infundir á todos los novicios, convirtiéndolos en vivas imágenes de aquellos antiguos Padres, que con el santo fundador dieron principio y forma á la Compañía. Y aunque la muerte atajó los pasos del

P. Kareu impidiéndole realizar su deseo, no quedó este frustrado; pues, como adelante se dirá, le dio cumplimiento su inmediato sucesor en el cargo de Preósito General.

Entretanto continuaba el Siervo de Dios formando á sus novicios y desviviéndose por su obra favorita del hospital. Parecerá por ventura extraño que á pesar de tantos afanes y de tan inauditos desvelos por el establecimiento y conservacion de obra tan santa y provechosa para el bien público, como era este hospital, en pago hubiese de recoger el P. Pignatelli contrariedades y persecuciones. Mas ¿quién no conoce cuál es generalmente la retribucion que suelen tener aparejada los hombres para quien les hace bien y por ellos se sacrifica? Basta que se trate de empresa conducente al servicio de Dios y salvacion de las almas, para que se atraviesen dificultades sin número. Al paso, pues, que muchos loaban y estimaban, como se merecía, la caridad del P. Pignatelli, y por el bien que de ella resultaba al público se la agradecían de corazon; algunos otros, y por cierto no gente vulgar, se declararon en oposicion abierta con él, y empezaron á dar interpretacion siniestra á sus santas intenciones y á oscurecer su buen nombre con feas y mordaces calumnias.

No concebía el Siervo de Dios plan alguno, ni ideaba la más insignificante mejora en beneficio del hospital, que no intentasen por todos los medios posibles impedirlo. Sabedor él de todo, y teniendo muy conocidos á los autores de la trama, sufría con imperturbable paciencia, sin que jamás le detuviese un momento siquiera el contraste en el camino comenzado de procurar la gloria de Dios. Una sola palabra al duque sobraba para desvanecer toda aquella borrasca, porque le quería mucho y le dispensaba cordial y amigable trato; pero jamás quiso decírsela, ya para no atraer sobre sus adversarios y sobre sus inocentes familias la desgracia del príncipe, ya tambien por lo mucho que le satisfacía el que la salvacion de las almas le costase trabajos y calumnias.

El sacerdote Tarchioni era molestado y maltratado igualmente; «pero yo,» dice él de sí mismo, «me incomodaba y que-

rellábame al ver tan mal correspondidos mis trabajos y tan pérfidamente interpretadas mis intenciones y pagadas mis fatigas:» y refiere que un día entre otros, en que desahogaba con el Padre su pecho agobiado, díjole este para consolarle y fortalecerle: «¡O hombre de poca fe! Haz lo que puedas, y hazlo por la gloria de Dios y sostenimiento de este hospital; deja todo lo demás en manos del Señor, y cálmate. Entretanto dígotte para tu consuelo que el Señor se ha dignado hacer entender á una alma, que cuantos hasta hoy han muerto en el hospital, todos se han salvado.»

Pasmóse Tarchioni al oír tal cosa, y se atrevió á preguntar confidencialmente al Padre quién era aquella alma; pero no pudo sacarle más respuesta: «cierta alma,» repitió, y no dijo más. Lo cual fue suficiente para confirmar al otro en el juicio, que había formado ya, de que Dios, para animar á su siervo y galardonarle por las aflicciones que padecía por su causa, le había revelado la salvacion de todos aquellos pobrecitos, á quienes con tanta caridad había asistido y consolado.

Y á este propósito registranse en los procesos conversiones de pecadores y súbitas mudanzas de vida, que no pueden atribuirse sino á una extraordinaria y particular virtud que Dios mismo infundía á las palabras del P. José para mover y salvar las almas. Me contentaré con recordar uno que otro suceso.

Érase un jóven de costumbres tan infames, que era públicamente tenido por el escándalo de Colorno y llamado comunmente *el diablo* por su desenfrenada conducta. Este, pues, ó por ímpetu de cólera ó por desahogo de alguna otra pasion, cogió cierto día un puñal, y con tal vehemencia se lo enclavó en el pecho, que se pasó de parte á parte, cayendo en tierra, la cual quedó convertida en un charco de sangre.

Registrada la herida por médico y cirujano, ambos dieron por desahuciado al miserable: y aunque algunas personas caritativas le exhortaron á que pidiese á Dios perdon de sus culpas, todo fue en vano. Aquella alma endurecida no daba señal alguna de temer su muerte próxima. No sabiendo qué hacerse los cir-

cunstantes, le pusieron en una camilla y lo llevaron al hospital, á donde llegaron muy entrada la noche, y dejáronle en el mismo zaguan, temerosos de que espirase si daban un paso más.

Ya el P. Pignatelli había recibido aviso de lo que pasaba; y apresurándose lo más que pudo, y llegando á la camilla, mandó que se apartase la gente que la rodeaba: dirigió al moribundo algunas breves, pero tan encendidas palabras, que le trocaron su corazon y lo amansaron. Dio en seguida orden á los sirvientes del hospital que le trasladasen sin temor alguno á mejor cama, asegurando que no moriría.

Cuando le vio más cómodo y tranquilo, se puso á su lado, y le redujo á hacer una entera y dolorosa confesion de sus culpas con extraordinarias señales de arrepentimiento. Siguió después asistiéndole con gran cuidado, hasta que por sus oraciones, como se dijo generalmente, recobró la salud y tuvo tiempo de reparar los escándalos de su mala vida con un tenor constante de devotas prácticas y costumbres, que emprendió y siguió bajo la direccion de su querido Padre.

Á muchos otros enfermos sanó con sus oraciones ya las enfermedades del cuerpo ya las interiores del espíritu juntamente. Hay memoria de un jóven declarado tísico y de una anciana desahuciada, que instantáneamente recobraron la salud por su medio; mas como nada se dice en particular de las circunstancias de tales hechos, sobre ellos no diré más. Hablaré de otra persona, que estaba muy enferma del cuerpo, pero mucho más del alma.

Era este un jóven licencioso y perdido, que llevando una vida más de bestia que de hombre, ocasionaba público escándalo en el país y continua amargura y desolacion á sus padres. Enfermó gravemente: y ya declarado sin remedio por los facultativos, se llamó de prisa al párroco para que le administrase los Santos Sacramentos; pero aquel infeliz, al ver entrar el sacerdote en su aposento, adivinando el motivo, se puso como una fiera, y descargó sobre él una nube de insultos, diciendo á voz en grito que no quería confesion, ni sacramentos, ni Dios.

Acudieron otros sacerdotes, movidos á compasion de aquella alma, que estaba al borde del eterno precipicio; pero en vano: pues el jóven, apenas los veía, empezaba á hacer ademanes y dar gritos de loco y á vomitar blasfemias inauditas; por lo cual, sin esperanza alguna de remedio, estaban ya para abandonarle y dejarle morir impenitente, cuando en buena hora le ocurrió á uno de ellos, hacer la última tentativa, encomendando al Padre Pignatelli el negocio.

Avisaron, pues, al Siervo de Dios; y él, inflamado de caridad y celo, con segura confianza entró en la alcoba del enfermo, y pidió que le dejasen con él á solas. Qué hiciese ó dijese allí, ó qué industrias emplease, no lo sabemos; pero el caso fue que á pocos instantes aquella furia se amansó, y haciendo con el Padre una dolorosa confesion de sus culpas, se trocó en otro muy diferente del que era, esto es, como decía su propia madre, de un demonio en un ángel; y fue tal y tan grande el aprecio que empezó á hacer del P. Pignatelli, que apenas le oía nombrar, «¡Oh qué gran santo!» exclamaba, «¡qué gran santo es mi P. Pignatelli!» y no encontraba palabras con que expresar lo mucho que le debía. Curado así en el alma, obtuvo tambien por las oraciones del Padre la salud del cuerpo; y agradecido á uno y otro favor, publicó por todas partes las maravillas de Dios obradas en él por su siervo el P. Pignatelli.

Más extraño aún es el suceso siguiente, que tambien tuvo lugar en Colorno. Encontróse el Padre Pignatelli un día con cierto jóven de unos treinta años, robusto y vigoroso, y mirándole un rato de hito en hito, le llamó, y dijole: «Quisiera, hijo mío, una cosa; y es, que cuanto ántes os fuerais al hospital.» Aturdido el mancebo con tan extraña, y al parecer absurda, intimacion, pregunta: «¿A qué tengo yo que ir al hospital, si estoy bonísimo y no siento mal alguno?» — «Haced lo que os digo yo,» replica el Padre, «y decid al sacerdote D. José Tarchioni ó al enfermero, que os preparen una cama, que esta noche, ó á más tardar mañana, yo iré allá y nos veremos.»

Por el respeto que tenía al Siervo de Dios condescendió el

jóven; y, aunque á remolque, se fue al hospital. Al día siguiente cumplió el Padre su palabra; y yendo á verle, le exhortó á que se confesase; y como insistiese el jóven en que no tenía mal alguno, le dijo el Padre: «Sí: pero tenemos un deber de aprovechar el tiempo que Dios nos concede; y si vos, hijo mío, lo perdéis, acaso no lo tendréis dentro de poco.»

Atemorizaron estas palabras al jóven, que dulcemente arrastrado por las suavísimas palabras del Padre, al fin se decidió á hacer con él una confesion de sus culpas, y luégo á recibir la Sagrada Eucaristía con gran devocion y piedad. No tardó mucho en reconocer las miras del P. Pignatelli; pues en aquel día mismo le acometió una fiebre maligna, que privándole á poco de todo conocimiento, le causó la muerte.

Divulgada la noticia por Colorno, dio muchísimo que hablar; y el sacerdote D. José Tarchioni, que lo había presenciado todo, no pudo menos de descubrir su pasmo al P. Pignatelli; quien, á fin de esquivar todo asomo de gloria que pudiera resultarle, dijo que nada tenía de particular que Dios se hubiera servido de él en aquella ocasion, cuando para corregir á un profeta, supo hacer hablar á una jumenta; y á algunos de los Padres que varias veces le recordaron el suceso, no dijo nunca otra cosa, sino que reconocía una gran misericordia de Dios en la salvacion de aquella alma.

CAPÍTULO V

Humildad del P. Pignatelli. — Mutua union y hermandad con los religiosos de Santo Domingo. — Promueve el Siervo de Dios los ministerios espirituales en la iglesia de San Estévan. — Sus trabajos apostólicos. — Infatigable celo y continua mortificacion. — Sus correrías por la campaña. — Rasgos de caridad con enfermos. — Frutos admirables que recoge. — Distribuye entre pobres limosnas abundantes. — Otros casos raros con enfermos.

1802

Es la humildad el fundamento y raíz de las virtudes, y con ella supo el P. Pignatelli consolidar las suyas y acompañar el ejercicio de ellas. Aunque desde el primer día de la apertura de la casa fue el Superior de ella, lo tenía él tan oculto, que ninguno de sus súbditos le nombraba con otro nombre que con el de Don José.

Refiere el P. Nicolás Grassi¹ que «habiendo vuelto el P. Montesisto, en compañía del P. Pignatelli, de una visita al Sr. Duque de Parma, en la recreacion, en presencia del Siervo de Dios, dijo que de allí en adelante no debían llamar al dicho Siervo de Dios con el nombre de «Don José,» sino con el título de «Padre Rector.» El Siervo de Dios rechazó una y muchas veces aquella proposicion, repitiendo: «Yo soy Don José, yo soy Don José.» Y como el P. Montesisto insistiese más en su aserto, el P. Pig-

¹ *Process. Rom.*, fol. 540.